

UN OJO EN EL VIENTO

MI MADRE ENCONTRÓ UN OJO EN EL VIENTO. ELLA ME ENSEÑÓ EL OJO que llegó volando en el viento una mañana de agosto mientras caminaba por el prado. Vino corriendo por el campo para mostrarme el ojo que había encontrado en el viento. El ojo cayó junto a ella, en medio de la hierba, cuando ella estaba mirando el viento. Lo cogió del suelo, se lo metió en la mano, y corrió para mostrármelo. Llegó a casa agitada, dijo que tenía una sorpresa para mí y yo corrí para ver qué era. Ella abrió la mano y pude ver el ojo.

Nací y crecí en una casa del valle, lejos de todo. Hasta hace unos tres años no había visto a nadie además de a ella. Ella corría por el prado sujetándome del brazo, me arrastraba, y yo volaba muerto de risa, intentando seguirla, corriendo, tropezando de vez en cuando. Íbamos siempre en medio de una alegría que daba gusto, ella gritándome algo que yo apenas podía entender y mucho menos contestar, dando aullidos de felicidad. Después ella caía y yo caía también y yo pedía que voláramos de nuevo.

Nada ocurrió hasta el día en que ella decidió decir, y no sé por qué ella decidió decir, cuando se fue a la ciudad, que había encontrado un ojo en el viento.

Normalmente nadie escuchaba lo que ella decía, me acuerdo porque iba con ella y veía cómo cuando ella hablaba la gente se marchaba y la dejaba hablando sola, contando las mismas historias que ella me contaba y que yo siempre escuchaba con la mayor atención. No sé por qué ella nunca me había contado antes la historia del ojo. Ese día una mujer estaba enseñándole el ojo a su Juvenal, el del almacén, preguntándole si no tendría algo de colirio para sacarse aquella piedrita, y él le soplabla en el ojo rojo cuando mi madre decidió contar la historia del ojo, que había ocurrido hacía tanto tiempo sin que nadie la hubiera contado, y ese fue el comienzo de nuestra desgracia.

Cuando ella acabó de contar y, como de costumbre, todos le habían dado ya la espalda, un hombre que yo nunca antes había visto surgió del fondo del almacén y dijo que la historia era muy interesante y que si no le gustaría contarla de nuevo delante de otras personas. Mi madre quedó encantada con el interés y la atención de aquel hombre que ella nunca había visto. Él la llevó a la capital, a una sala enorme, con una especie de gradería llena de gente, y le pidió que contara de nuevo la historia del ojo. La gente de la gradería, toda vestida de blanco, iba tomando notas mientras ella hablaba, y cuando acabó de contar, el mismo hombre que la había invitado se plantó en medio del anfiteatro, hizo que ella se sentara en una silla, y empezó a contar otra historia de una aberración, de una mujer que veía cosas, que inventaba cosas, si es que entendí de qué estaba hablando, mientras los otros, en la gradería, le hacían preguntas de vez en cuando, preguntas que en algunos casos duraban horas y que eran un auténtico dis-

curso sobre una mujer loca. Después hubo un momento en que todo pareció acabar y mi madre se quedó perpleja, sin entender por qué la habían invitado ni por qué después solo se habían interesado por la historia que el otro hombre había contado, a ella le pareció una grosería típica de la gente de la ciudad y se quedó muda cuando el hombre se acercó a ella, la tomó de la mano con suma delicadeza y se la llevó por una puerta que había al fondo del palco. Desde aquel día pasé años sin ver a mi madre, me llevaron a un orfanato, tuve que trabajar durante años en una finca que no era la mía, y luego de mayor volví a la casa del valle, que había sido destruida, abandonada, y la reconstruí. Un día apareció un abogado que me preguntó si yo no quería ver a mi madre de nuevo y que para eso tendría que colaborar. Me dijo que habían descubierto lo que habían hecho con mi madre. Aquel día, después de salir del palco, ella quiso irse a casa pero ellos la sujetaron y se la llevaron a un hospital, y cuando ella vio que no la dejaban salir, empezó a gritar y el mismo hombre que la había tomado de la mano con delicadeza, el mismo que había contado ante el auditorio la historia de la mujer que veía cosas, ordenó que la amarraran. El abogado me preguntó si yo sabía todo aquello y yo le dije que no. Me preguntó muchas otras cosas y yo también respondí que no. Durante dos meses él me preparó para el proceso, hizo preguntas sobre la casa del valle, sobre el tiempo que pasé allí con mi madre, pero yo ya me había olvidado. Me preguntó por el ojo en el viento y yo dije que sí. ¿Sí qué?, quiso saber. Yo le hablé del ojo en el viento, la misma historia que mi madre había contado ante el auditorio. El abogado se detuvo un instante, fue hasta la ventana de la

sala, tragó saliva y después se giró hacia mí, muy serio, y me preguntó si quería echarlo todo a perder y le dije que yo no volvería a contar nunca más aquella historia.

90 Vi a mi madre en la corte. Estaba sentada en una silla de hierro, con dos sujetos de pie junto a ella, uno a cada lado, y cuando me vio se quiso levantar, pero se levantó solo con los ojos, como si hubiera recordado de repente que estaba dentro de una camisa de fuerza, aunque en realidad no lo estuviera, y todo fuera inútil. Me senté junto al abogado que le dijo a la corte que me habían separado brutalmente de mi madre y ahora, que ya era mayor de edad, quería cuidar de ella, correr con todas las responsabilidades y llevarla conmigo de vuelta a la casa del valle, donde ella había vivido sin ningún problema durante tanto tiempo, dijo que ella volvería a la calma también sin que tuvieran que someterla a nada más. Pensé que él diría que su estado no había mejorado en el hospital, sino todo lo contrario, y que solo en casa podría recuperar, si no la razón, al menos sí el estado pacífico en que había vivido antes de ser internada en el hospital, pero él dijo todo lo contrario, dijo que no había nada más que hacer y por eso yo debía llevármela a casa.

Ella miró todo aquello con la mayor pasividad, como si no fuera con ella, puesto que desde el principio no dejaban de referirse a la loca, desde que había contado la historia del ojo en el viento ante el auditorio, siempre hablaba de aquella mujer tan gorda que ella nunca había visto, así respondió cuando el juez le preguntó si creía que volver a casa sería lo mejor para ella: Nunca vi más a la gorda y por eso mismo no podía saber, ¿por qué no se lo preguntaban a ella?, pero nadie

entendió lo que yo entendí, ella estaba hablando de la otra mujer que no era ella y ellos creyeron que aquella era una prueba más de su locura y que no había nada más que hacer. El juez ordenó que la llevaran a su lugar en la silla de hierro entre los dos sujetos y ella volvió y se quedó en silencio de nuevo, con la misma pasividad que antes y que solo vino a cambiar cuando el juez me llamó a declarar y ella levantó la cabeza, orgullosa, como si yo estuviera yendo a recibir un título o una condecoración o como si hubiera venido a salvarla (lo que de hecho yo consideraba el objetivo de mi presencia en aquel lugar) y sonrió como diciendo ¡eso es, hijo mío!, pero sin decir nada, callada, y callada escuchó lo que yo tenía que decir, bajo las órdenes del abogado, que me hacía las preguntas, solo para sacarla de allí y llevarla de vuelta a casa. Él me preguntó si alguna vez había escuchado la historia del ojo en el viento y yo dije que sí, me limité a las respuestas cortas, que fue lo que él me pidió que hiciera. Me preguntó si alguna vez había creído en la historia y yo dije que sí, cuando era pequeño. Porque era pequeño, completó él, y después me preguntó de qué forma había creído en la historia. Yo no entendí la pregunta, qué era lo que quería, y él me preguntó de nuevo: Cuando usted escuchó la historia, todas las veces que escuchó la historia, ¿se le pasó alguna vez por la cabeza que fuera verdadera, que fuera algo más que una historia? No, dije, y mi madre, que ya no entendía qué había ido a hacer yo allí, perdió la sonrisa que mantenía desde que me viera subir al estrado. Él me preguntó si alguna vez yo había visto algún ojo, si alguna vez ella me había traído un ojo en la mano, un ojo que había encontrado en el viento y yo le respondí que no. En ese

momento la miré por última vez, aunque el abogado me había pedido desde el principio que no la mirara, y vi cómo bajaba de nuevo los ojos, volvía a estar pasiva y, muy discretamente, intentando que nadie se percatara, como si fuera a rascarse las cejas, se pasaba la mano por los ojos y luego por la falda gris que era el uniforme del hospicio. Entonces entendí por qué no tendría que haberla mirado desde el principio y también entendí que no la miraría más. Fue lo que hice. Dije que nunca hubo ningún ojo en el viento, que aquello era una historia para hacerme dormir, como había sugerido el abogado, a quien en todo momento miré de frente sin desviar los ojos ni un instante.

Al final, cuando el juez dijo que ella era libre de regresar a casa y los dos hombres desaparecieron con la silla de hierro, yo corrí a abrazarla, pero ella no se movió, se puso dura como una piedra, con los brazos estirados a lo largo del tronco —¡había adelgazado tanto durante todos esos años!— y los puños apretados, como los ojos cuando la apreté por primera vez después de tanto tiempo, la apreté contra mi cuerpo que ya no era el del niño que ella había visto la última vez. Me dijo que no sabía cómo podía haberla traicionado, susurró, desmintiendo toda la historia del ojo, no entendía cómo podía haber dicho que el ojo en el viento no existía. Yo pensé para mis adentros que quizás ella había acabado por perder la razón en el hospital. Solo una loca podía pensar que, en el fondo, yo no creía en la historia del ojo en el viento, que oí desde pequeño, y en el ojo que vi con mis propios ojos. La abracé con fuerza, con mucha más fuerza, pero no dije nada porque entendí que, de algún modo, ellos habían conseguido

lo que querían y por eso el juez la había dejado volver a casa. Porque ahora, da igual adónde vaya o con quién esté, ella ha entendido que siempre estará sola.

Al salir de la corte me preguntó, sin dejar de mirar al frente, si ya había pensando que cuando una persona está enferma la que está a su lado no lo está. La miré intentando fingir que no había entendido y asentí con la cabeza. Ella se detuvo un instante, se giró hacia mí y me preguntó: ¿No es increíble?